

CASTEJÓN Y LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

JOSÉ LUIS LOPE Y LÓPEZ DE REGO
ACADÉMICO NUMERARIO

Como todos ustedes saben, D. Rafael Castejón fue, durante muchos años, Presidente de la Sección en Córdoba de la Asociación Española de Amigos de los Castillos, la cual, actualmente, tengo el honor de presidir.

Su recuerdo en la Asociación es imborrable; rara es la excursión a los castillos, en la que su nombre no salga a colación.

Con él visitamos innumerables castillos, no sólo de la provincia, sino de Andalucía en general.

Recuerdo especialmente, en la visita al castillo de la Calahorra, en la provincia de Granada, el esfuerzo y el brío que a sus ochenta y tantos años, ponía al subir y sortear, con la ayuda de algunos, las abruptas laderas de la colina donde se encarama ese fantástico castillo que construyera D. Rodrigo de Vivar y Mendoza, “el más bello pecado de cardenal con Doña Mencía González de Mendoza”, al decir de la Reina Católica, primera obra renacentista que se labra en España, por el arquitecto y escultor genovés Michaelle Carlone en el año 1509.

En el autocar, tras un breve y cordial saludo, y después de encomendarnos a San Rafael y rezar el correspondiente Padrenuestro, ya nos esbozaba y enmarcaba el contexto del castillo que íbamos a visitar.

Alguien que todos conocemos susurraba irónicamente: “¡ya empieza con las batallitas...!”.

Pero la verdad es que a todos nos encantaban y nos fascinaban sus amenas e interesantes “batallitas”.

Pues bien, hacia la mitad de la escabrosa y escarpada ladera, cuando le flaqueaban las fuerzas, alzaba la mirada hacia el fantástico paisaje y, sentándose sobre un peñasco, hacía una disimulada parada, y nos relataba uno de tantos episodios bélicos, con tal profusión de datos, hechos y acontecimientos, que podría uno ver en su imaginación la polvareda que dejaban las huestes o mesnadas en los movimientos previos a la batalla, los pertrechos de guerra, las catapultas, el asedio, la toma del castillo, etc., como si estuviese uno presente en mitad del

campo de batalla.

Ya en el castillo, nos comentaba desde el origen, su fundación, la nobleza y personajes que lo habitaron, la heráldica y su descripción puntualizando especialmente en los elementos arquitectónicos más significativos, como matacanes, adarves, troneras, lizas, barbancas, etc.

Finalmente, después del almuerzo era tradicional pronunciar unas palabras de agradecimiento y despedida a las autoridades locales que nos acompañaban, y para entonces reservaba el episodio bélico más interesante de la historia del castillo, y hacía de la sobremesa un momento sumamente agradable, que a veces se prolongaba hasta tal punto que había que recordarle que ya era hora de regresar a Córdoba...

Así visitamos la mayoría del medio centenar de casillos de la provincia, desde el de Madroñiz, en el norte, hasta el de Iznájar, en el sur, y desde el de Cañete de las Torres, al este, hasta el de Palma del Río.

Su gran empeño y su mensaje más elocuente, era transmitir a las autoridades locales la importancia y la necesidad de consolidar y restaurar los castillos, así como recuperar para las generaciones venideras esos jirones de la historia de nuestros pueblos.

¡Para ello no regateaba el mínimo esfuerzo!

Recuerdo el trabajo y las laboriosas gestiones que realizó para tratar de salvar el castillo de Torres-Cabrera.

A tal efecto consiguió en 1983, del actual conde de Torres-Cabrera, un compromiso de cesión en usufructo de la torre fortaleza y palacio anejo al castillo, por un millón de pesetas, a cambio de restaurarlo y acondicionarlo.

Para la financiación de las obras acudió al mecenazgo de la Diputación Provincial, proponiéndoles la reutilización conjunta del palacio para residencia-parador de turismo, dada su proximidad a la capital, así como también para centro de estudios y congresos, conferencias y *simposia*, museo del aceite y post-industrial, etc.

Pero la falta de sensibilidad cultural de los políticos de turno, así como del actual conde de Torres-Cabrera, haciendo caso omiso a las reiteradas e insistentes peticiones de ayuda de D. Rafael, motivó que la totalidad del palacio y anejos se desplomaran, y no sólo eso, sino que se terminaran de demoler ante la indiferencia de todos, permaneciendo hoy solamente la torre-fortaleza, que se encuentra también en estado de ruina y que inexorablemente muy pronto se desplomará.

Con este atentado cultural, se terminará de perder para la historia de Córdoba uno de los más antiguos bastiones construido por D. Arias de Cabrera, tercer señor de esta casa cordobesa, en el siglo XIII, para defensa de la ciudad, en la frontera con el reino nazarí de Granada.

No deseo hablar del magnífico artesonado de madera policromada con pinturas pompeyanas, ni de las chimeneas de mármol de Carrara, ni de las artísticas rejas cordobesas de hierro forjado, porque sólo consigo aumentar mi indignación.

Pero nunca se me olvidarán las altivas y amenazadoras palabras de Don Rafael, al conocer la noticia del desplome y demolición del castillo de Torres-Cabrera.

Con enorme enfado y desesperación, rabia y coraje, alzando la mirada y levantando el puño, con voz grave y sentenciosa, exclamó: "Mis espadas están en alto".

Era el último quejido del viejo guerrero, del viejo héroe herido mortalmente en una batalla perdida, la batalla de la ignorancia, de la incultura y de la incompreensión de muchos... de cada día...

Era como la voz de alarma, el grito desesperado, la llamada angustiada para acudir a jugarse la vida por salvar algo, algo que valía la pena salvar, tal vez el espíritu de voluntad, indomable orgullo de nuestra raza.

Tal vez tratar de salvar esos santuarios que contienen, en códices de piedra, las raíces y las páginas más brillantes de nuestra historia.

Porque al amparo de ellos crecieron la arquitectura y la música, la literatura y la pintura, cobijaron el nacimiento de las ciencias y de las artes, constituyeron el embrión y el germen de nuestros pueblos y ciudades y no fueron el símbolo del poder contra el débil, sino su defensa y apoyo frente al invasor.

Este es el mensaje, que tantas veces nos repitió hasta la saciedad Don Rafael Castejón, la herencia que recibimos de él y que transportamos como venerable antorcha, para transmitirla a las generaciones venideras de cordobeses.

Tal era la pasión que sentía por esos vestigios de la historia, que una de sus mayores ilusiones fue comprar el castillo de Santa Eufemia o de Miramontes, en el norte del Valle de los Pedroches y de la provincia, aún a costa de empeñarse hasta las cejas, para restaurarlo poco a poco.

Pero ocurrió una curiosa anécdota:

Ya había llegado a un acuerdo verbal, sobre el precio con la propiedad, pero el pueblo comenzó a pensar que si una persona tan sabia y erudita, tenía tanto empeño en comprar aquellas ruinas, sin valor alguno, era porque sabía la existencia de algún tesoro... y entonces la propiedad deshizo el trato, y D. Rafael se quedó sin castillo.

Entre las publicaciones sobre temas polocérticos cabe señalar: "Santa Eufemia, la Villa y el castillo" (1930), "Vieja estampa del Alcázar" (1955), etc. ambas publicadas en el *Boletín de la Academia*, así como numerosos artículos en revistas científicas, prensa, etc.

Asesoró permanentemente a cuantos ayuntamientos y particulares lo solicitaron, sobre las ideas y financiación para restaurar los castillos, organizó conferencias, tertulias, así como también el Día Nacional de los Castillos en Córdoba; incluso llegó a financiar viajes y meriendas, como en el castillo de Torres-Cabrera.

Como todos ustedes saben, la sección en Córdoba de la Asociación Española de los Amigos de los Castillos, fue fundada a instancia del Marqués de Sales, padre del actual presidente nacional, en 1956, siendo su primer presidente el Dr. D. Enrique Luque Ruiz.

En los primeros años de la década de los 60, ya se hizo cargo de la presidencia D. Rafael Castejón, y permaneció en el cargo hasta el año 1984. ¡Es decir, cerca de 25 años!

Un buen día, a sus 90 años, estando en la tertulia del antiguo "Gran Bar", hoy Restaurante Siena, nos dijo: "Me encuentro viejo, deseo dejar la presidencia de los Castillos".

Entonces, la Asociación eligió a D. Dionisio Ortiz Juárez, que ostentó la presidencia hasta su fallecimiento, en diciembre de 1986.

Precisamente fue D. Dionisio quien, seis meses antes, le había impuesto, de

“cuerpo presente”, a título póstumo, el escudo de oro de nuestra sección de Córdoba.

La Asociación Nacional, por sus extraordinarios méritos, le otorgó, en 1970, un diploma con medalla de plata, y en 1982, la medalla de oro.

Finalmente, en el cementerio, el Secretario de nuestra Asociación, Juan José Vázquez Lesmes, improvisó unos profundos y sentidísimos versos, llenos de cariño y emoción, como despedida y homenaje de la Asociación a su inolvidable Presidente.

Sólo decir que el afecto, la admiración y el recuerdo a D. Rafael Castejón en la Asociación es una constante cada día, es un sentimiento permanente.